

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, AGOSTO 1º DE 1873.

{ NUM. 41.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL DIAMANTE FALSO.

(Continúa.)

Estas últimas palabras obraron en el ánimo de Felicia todo el efecto que su padre se prometía. La grande alteracion que ella experimentó, la movió á reflexionar con atencion sobre la parte tan notablemente reprehensible de su habitual conducta. En todo el tiempo que duró su enfermedad, no cesó de repetir que renunciaba para siempre de aquella costumbre de mentir, que engendraba mayor número de pesares que de goces, y que obligaba á estar continuamente sobre sí, y con una circunspeccion que no somos siempre capaces de observar con buen éxito.

Creyendo M. de Lucival y su esposa, que esta leccion bastaria para curar radicalmente á Felicia, duplicaron con ella sus cuidados y cariño, y le probaron que á pesar de los tormentos que sus infinitos embustes les habian causado, la querian siempre tiernamente. Adivinó Felicia sin trabajo que la supuesta indiferencia que durante su enfermedad le

habian mostrado, era solo un arbitrio para corregirla; pero sea que la prueba no fuese todavía bastante fuerte, ó sea que se desarraigian dificultosamente los hábitos de la infancia, Felicia, luego que se repuso, volvió sin sentir á su pernicioso propension; y sin abusar del todo de la credulidad y confianza de sus padres, se entregaba con frecuencia á mil supercherías, que tarde ó temprano hubieran podido conducirla de nuevo á aquel vicio tan perjudicial, de que se lisonjearan haberla curado.

Pero un suceso harto notable vino al socorro de M. de Lucival y de su parienta, y causó tal impresion en el ánimo de su hija, que le arrancó para siempre la raíz de la impostura y falsedad.

Ambas hermanas mellizas, queridas igualmente de sus padres, y tan parecidas entre sí, que á menudo tomaban las gentes á una por otra, no habian cesado de llevar vestidos semejantes desde que eran niñas. Madama de Lucival, que tenia su complacencia en las frecuentes equivocaciones que sus hijas ocasionaban, ponía sumo cuidado en que ambas estuviesen vestidas, prendidas y calzadas de un mismo modo. Clemencia no tenia un solo harapo, dije y ni siquiera una simple sortija, sin que Felicia tuviese lo mismo; y como ambas por su parte se divertian en auxiliar las intenciones de sus padres, se

convenian todas las mañanas en ponerse el mismo sombrerillo, igual calzado, pañuelo parecido de hombros; finalmente, en asemejarse en su composura, y hasta en su planta, como se asemejaban en el metal de su voz y facciones de su cara.

Llegó el dia de su santo, en que M. de Lucival tenia todos los años la costumbre de hacer un regalo á sus dos hijas. Dió, pues, á cada una de ellas un collar de perlas, en medio de las cuales habia un diamante de un valor algo considerable. El de Clemencia era algo menos abultado que el de Felicia; pero en cambio despedia al parecer mayor brillo, y lucia mas. «A pesar de la gana que tenia, les dijo el padre, de regalaros con diamantes parecidos, no he podido casarlos mejor por lo pronto en casa de mi joyero; pero me ha dado palabra de hacerme un segundo, que se parezca en un todo al primero. Entre tanto, adornaos con estos, y festejemos este buen dia, en que al recibir ambas la vida, me hicisteis el padre mas dichoso.»

Arrojándose Clemencia y Felicia á los brazos de su padre, le espresaron de nuevo todo su cariño, y le dieron gracias por el rico presente que acababa de hacerles, y con que cada una se adornó muy prontamente.

Entre los numerosos oficiales que trabajaban en

la fábrica de M. de Lucival había un antiguo soldado, anciano todavía muy lozano, que con su afán e inteligencia había llegado á ser uno de los primeros jefes de taller. Este hombre honrado tenía varios hijos; uno de los cuales, llamado José, era, hacia ya tiempo, cajero de M. Lucival, quien habiéndole visto nacer, le acordaba toda su confianza. Volviendo un día este mancebo de la cobranza, y disponiéndose para depositar en la caja las diferentes cantidades que había recaudado en su vuelta, echó de menos un rollo de cincuenta luses que había recibido en casa de un cambista. Se registra en todo su cuerpo, busca y escudriña en sus bolsillos, pierde el color, se turba, y declara que ha perdido aquel rollo. Clemencia y Felicia, que por acaso se hallaban entonces en el gabinete del cajero de su padre, experimentaron cada una de ellas diferentes impresiones. Clemencia, que tomaba parte en la pena del pobre José, y se fiaba en su confesion, tuvo compasion de él, y trató de consolarle. Felicia por el contrario, dispuesta siempre á suponer en los otros su genial falsedad, se imaginó que era un puro embuste la esposicion del mancebo; y aun se propasó hasta el punto de dárselo á conocer á él mismo. «¡Ah! señorita, exclamó el pobre José, arrasándosele de lágrimas los ojos, bastante pesadumbre tengo ya sobre mí, sin que sea menester abrumarme mas con tan atroz sospecha. Si mi padre la oyera á usted, añadió con lastimero acento, se moriria de pesadumbre, y quizá tambien yo. Conoce usted su viveza y suma hombría de bien.—Por eso mismo, repuso Clemencia con prontitud, conviene ocultarle este funesto fracaso. Mi hermana y yo prometemos á usted guardar el mas profundo silencio sobre esta pérdida.» Ofreció lo mismo el cajero; y José se fué á practicar diferentes indagaciones en los barrios que había recorrido. «Sí, exclamó este mozo, mirando de nuevo á Felicia, aunque hubiese de esclavizar mi libertad, y vender lo poco que poseo, entrarán en la caja los cincuenta luses de aquí á tres dias.»

Estos acentos de la honra vilipendiada penetraron hasta lo interior del corazon de su imprudente acusadora, á la que hicieron conocer que el mayor martirio que el hábito de la mentira hace experimentar, es el de no poder fiarse en nadie, y notar de impostura á todos los demas.

En esto, volvió por la noche José, y anunció que no habiendo podido lograr indicio ninguno, había fijado por todas partes en carteles, la pérdida del consabido rollo de cincuenta luses, con la promesa de dividirlo con la persona que le trajese á casa de M. de Lucival. Su principal mira en esto, había sido la de salvar su honra, y mas particularmente la de purgarse de las injuriosas sospechas de Felicia.

Clemencia, que juzgaba de los otros por sí misma, bien lejos de sospechar de José, no pensaba mas que en ofrecerle medios de reparar la pérdida que había experimentado. Su servicial génio le sugirió una idea que comunicó diligentemente á su hermana. Fué la de vender, sin saberlo nadie, el diamante que cada una de ellas había recibido de su padre, y que con arreglo á la valuacion que ella había oido hacer, podrian formar entre ambos los cincuenta luses de que se trataba. Felicia, en quien la mentira no había destruido todavía enteramente las prendas del corazon, abrazó con ansia el proyecto de Clemencia; y desde el siguiente dia, muy de madrugada, y en trajes muy sencillos, se escaparon de casa, y fueron á presentarse en la tienda de un famoso joyero de la calle de la Platería, al que hicieron la propuesta de venderle sus dos collares.

(Continuará.)

HIDALGO.

Habéis de saber, mis pequeños lectores, que allá por el año de 1810, vivia retirado en el pueblo de Dolores, un anciano, venerable sacerdote que se atraía las bendiciones de todo el pueblo, por los tiernos beneficios que se complacia en sembrar en él. Aquel pueblo agradecido, aun recuerda á su digno bienhechor, aun conserva una tierna veneracion

á lo que fué suyo, á su casa, á las viñas que su propia mano plantó. Pero aun mucho mas le debe la patria, mis queridos niños, porque en el citado año de 10, nuestra hermosa México no era como hoy un país libre, una república; no, entonces estaba sujeta al gobierno español, y los pobres mexicanos sufrían espantosamente. Aquel venerable sacerdote que vivia en Dolores, oyó el clamor de sus hermanos, les compadeció y quiso libertarles aun á costa de su vida. Así es que la noche del 15 de Setiembre abandonó su tranquilo retiro para proclamar, en union de algunos otros valientes, la libertad de su querida patria. ¿No os parece que fué mucha generosidad el prescindir de todo, hasta de su vida, por comprar la libertad á sus hermanos? ¡Oh! ¡cuánto deben amar los mexicanos á aquel anciano que se olvidó hasta de sí mismo por amor á ellos!

Aquel grito entusiasta que se escapó de su pecho la noche del 15 de Setiembre; aquel entusiasta grito de «¡Independencia!» resonó por todo el país; los pobres ilotas que no se atrevían á levantar la frente á mirar á sus señores, comprendieron que había sonado la hora suprema de conquistar, no para ellos, sino para sus hijos, una nacionalidad y un hogar propio; y tomando las armas, comenzaron á hacer esfuerzos desesperados por realizar su ensueño. Y lo realizaron, mis queridos niños; once años mas tarde, la sangre de aquellos héroes producía sus frutos, y vuestros compatriotas podían llamarse libres.

Aquel célebre grito que los ecos de nuestras montañas se enorgullecen de haber repercutido, es el origen de las fiestas que se celebran en nuestro país el 16 de Setiembre; homenaje de amor y agra-

decimiento que se tributa á aquel grande hombre, á Hidalgo, el que despues de sufrir mil penalidades, era fusilado en Chihuahua el dia 30 de Julio de 1811. Pero él no ha muerto; su heroico patriotismo le ha formado un santuario en el corazon de todo buen mexicano, porque gracias á él, pueden los pequeños lectores del *Album* decir recio y quedito que son libres, y lo que es mejor, mexicanos, compatriotas de aquel venerable anciano cuyas plantaciones aun miran con amor los vecinos del pueblo que hoy se honra llevando su nombre.

ANGELA LOZANO.

México, Julio 16 de 1873.

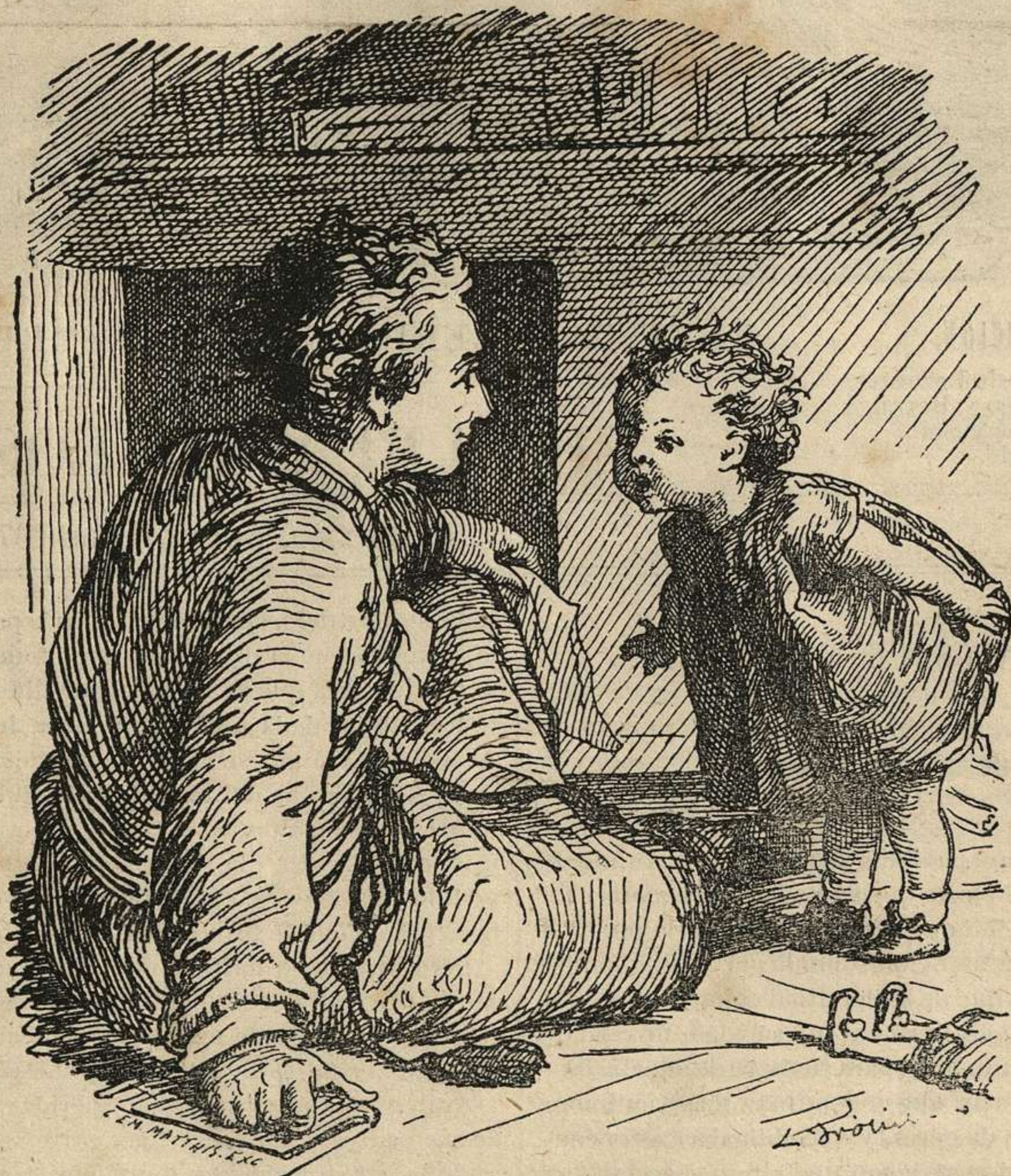
LOS TRES QUEJOSOS.

(FABULA.)

Qué mal (gritó la mona)
Que estoy sin rabo!
Qué mal estoy sin astas!
Repuso el asno.
Y dijo el topo:
Más debo yo quejarme,
Que estoy sin ojos.
No reniegues, Camilo,
De tu fortuna;
Que otros podrán dolerse
Mas de la suya.

*Si se repara,
Nadie en el mundo tiene
Dicha colmada.*

MELITO Y EL GÜERO.



VII

«¡La cosa es grave!» dijo entonces aparte el papá de Melito. Y como quiera que en los asuntos graves hay que poner los cinco sentidos, esto es, fijar exclusivamente la atencion, dejó en paz toda aquella balumba de papeles y cartapacios que tan absorto le tenia. Sentóse en el suelo, y vuelto ya de frente á Melito, le preguntó qué era lo que el Güero le ha-

bia hecho para haberle causado tamaña pesadumbre.—«¿Qué me ha hecho, papacito? ¡En primer lugar, me escupió!»—«¿Cómo que te escupió?»—«Así: me hizo ¡jjjja!—¡Hombre!—¡Y luego me insultó!»—«¿Tambien te insultó?»—«Sí, papacito, me dijo ¡fffff! ¡fffff! ya ves que me insultó, que me llamó feo!»



VIII

«Poco á poco,» dijo el papá, «á ver, cuéntame eso otra vez, pero todo, todito. — ¿Por qué te insultó el Güero? ¿qué le harías tú al pobre para que se pusiera tan enojado?»—«¿Yo? ¡nada, papá, nadita! Y tú no debes decir ¡pobre! ¡Vaya, si vieras qué malo es!—Pero, en fin, ¿cómo empezó el disgusto?—Pues

nada, papá; figúrate que el Güero queria salirse de la recámara donde yo estaba; yo no queria que se fuese; se lo dije, y no me hizo caso; entonces lo agarré de la cola, y..... y..... y el muy pícaro me faltó!.....

LOS NIÑOS PERDIDOS.

En una hermosa mañana del mes de Junio, dos niños llamados Eduardo y Emilia salieron de su casa para ir á la escuela. Vivian á la falda de una montaña, como á cosa de una milla del pueblo donde estaba la escuela; y aunque habia una espesa selva entre ambos puntos, no tenian sus padres recelo alguno en dejarlos ir solos, porque ellos conocian otro camino, mas largo sí, pero menos peligroso.

Siempre al bajar la montaña les habia llamado la atención un pequeño lago que se divisaba en lontananza, rodeado por un bosque que no parecia estar muy distante.

Eduardo habia querido varias veces ir á verle, y como el día convidaba con la calma y serenidad de su cielo, se propuso satisfacer entonces su deseo.

Era de opinion Emilia que siguieran el camino de la escuela; pero tan vivas fueron las instancias de su hermano para que le acompañase, que al fin se decidió á hacerlo.

Desviándose del camino de la escuela y atravesando breñas y matorrales, seguian la direccion del punto en que se veia el lago; pero por mas que caminaban no veian acortarse la distancia que los separaba de él. A pesar de esto, no desistian del propósito, y siguieron caminando hasta que el cansancio les obligó á detenerse para cobrar nuevas fuerzas.

Mas vale, Eduardo, dijo Emilia, que volvamos atras, y tomemos otra vez el camino de la escuela.

Ya no podemos llegar á tiempo, respondió Eduardo. Vamos al lago: volveremos á casa á la hora de costumbre, y ni papá, ni mamá, sabrán lo que hemos hecho.

No me agrada el plan, dijo Emilia, pues se trata nada menos que de engañar y desobedecer á nuestros padres, que nos creen á estas horas en la escuela.

¡Vaya! ¡qué bobería! dijo Eduardo: les diremos que fuimos al bosque á coger frutas para el maestro, y que habiéndonos perdido no pudimos llegar

á tiempo á la escuela. No temas; yo lo arreglaré todo.

Emilia siguió á su hermano, pero de muy mala gana, y no estaba tampoco Eduardo del todo satisfecho, porque sabia que obraba mal: sin embargo, se puso á silbar mientras se emboscaba en la selva.

Después de haber caminado mucho, y llegando á una altura desde donde se divisaba el lago, le vieron aún tan lejos como la primera vez que les ocurrió la idea de ir á verle. Caminaron dos horas mas; pero siempre le veian á igual distancia, y entonces cayeron en la cuenta de la mala que hicieron creyéndole tan cerca.

No era muy fácil hallar otra vez el camino de su casa, pues nada habia que los guiase en su retorno, y el cielo, antes tan sereno, ya empezaba á encapotarse. Ignorantes del rumbo que debian tomar, siguieron la primera senda que encontraron, y ella los condujo al pié de un gran peñasco donde se detuvieron para reposar un poco y recobrar sus cansadas fuerzas.

Sentóse Emilia sobre una piedra, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á sollozar.

¿Qué tienes? la dijo Eduardo.

¿No ves que nos hemos extraviado, respondió Emilia, y que ya no podemos volver á casa?

No temas, hermana mia, dijo Eduardo, ya encontraremos otra vez nuestro camino.

Todo esto nos sucede, Eduardo, en castigo de la desobediencia á nuestros padres.

Lo sé, dijo el niño; pero soy yo y no tú el culpado, y duéleme sobremanera haberte metido en este aprieto, y mas que nada haber tenido la intencion de engañar á nuestros buenos padres; pero tratemos de salir de esta selva antes que la tempestad nos coja en ella.

Siguieron su camino; pero después de vagar mas de cuatro horas, creyendo que seguian la direccion de su casa, volvieron al mismo peñasco, donde se sentaron otra vez á descansar, y como ya estaban rendidos de cansancio, no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

La media noche seria cuando despertó Emilia, y

dirigiendo la vista al rededor, vió que la rodeaba la mas completa oscuridad. Oíase solamente el estridor del grillo y el susurro de las hojas movidas por el viento. Horrorizada iba ya á despertar á su hermano, cuando oyó á lo lejos la voz de su padre que gritaba: ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Despertó este al oír su nombre, y con toda la fuerza de sus pulmones, gritó: aquí estamos, papá.

Acudió muy pronto el padre, y tomando en brazos á entrambos niños, los sacó corriendo de la selva y llevó á su casa.

¡Imagínese el gozo de la madre cuando vió volver á su marido trayendo consigo á sus dos niños!

Eduardo y Emilia confesaron su falta, y dijeron que habian sido justamente castigados de su desobediencia, con los horrores que habian pasado en la selva aquella horrible noche.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO X.

Del modo de conducirnos cuando estamos hospedados en casa ajena.

[Concluye.]

VIII

Quando los dueños de la casa hayan descuidado el proveernos de algunos muebles que necesitamos en nuestra habitacion, evitemos el pedirles los que no nos sean del todo imprescindibles; prefiriendo siempre comprar aquellos que por su pequeño volumen no han de llamar su atencion, y pueda entenderse en todo caso que hemos llevado en nuestro equipaje.

IX

Procuremos hacer por nosotros mismos, ó por medio de nuestros criados, todo aquello que no haga absolutamente indispensable la intervencion de las personas de la casa.

X

Tributemos un respeto sin límites á los usos y costumbres de la casa en que estamos, y procuremos descubrir discreta y sagazmente todas aquellas privaciones á que las personas de la familia se sujeten en su tenor de vida, con el objeto de obsequiarlos y complacerlos, á fin de arreglar nuestra conducta de manera que se hagan innecesarias.

XI

Jamas penetremos en las piezas interiores de la casa, y mucho menos en aquellas que sirvan de dormitorios.

XII

Tratemos con dulzura á los criados de la casa, y manifestémosles siempre nuestro agradecimiento por los servicios que nos presten. Al despedirnos de la casa es muy propio y decente que les hagamos algun presente, sin escluir á aquellos á quienes no haya tocado el servirnos.

XIII

Luego que hayamos regresado al lugar de nuestra residencia, aprovecharemos la primera oportunidad para escribir á los amigos que nos hospedaron una carta muy afectuosa y llena de espresiones de agradecimiento.

XIV

Si después de haber regresado á nuestra casa queremos hacer algun presente á las personas que nos hospedaron, no lo hagamos sino pasado algun tiempo, á fin de despojarlo del carácter remuneratorio que pudiera atribuírsele, el cual lo convertiria desde luego en una demostracion indelicada; y no elijamos nunca para esto un objeto demasiado costoso ni de un valor que se aproxime siquiera á la cantidad en que puedan estimarse los gastos hechos por nuestra causa.

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XXIV

CLARA Y ENRIQUETA.

La señora Romero prometió un día á sus hijas, Clara y Enriqueta, darles una recompensa pecuniaria cada vez que llenasen sus deberes: añadiendo que ellas podrian disponer de la pequeña cantidad segun su inclinacion. Las dos niñas se aplicaron tanto, que al cabo de tres meses sus bolsillos se hallaron muy bien provistos.

La vista de este dinero, al que ninguna de ellas habia tocado, les hizo nacer el deseo de reunir una cantidad suficiente para comprar cada una un hermoso vestido, para un baile de niños que debia darse en su casa en el carnaval.

Las dos hermanas ejecutaron exactamente su proyecto.

Llegado el momento, Clara fué la primera que compró su vestido, y Enriqueta, hallándolo muy á su gusto, resolvió comprar uno del todo igual.

No faltaban mas que ocho dias para el del baile, cuando la señora Romero recibió visita de una de sus protegidas: era una mujer vieja y enferma, que ya no podia trabajar para vivir.

Esta pobre mujer contó, con las lágrimas en los ojos, sus recientes pesadumbres; estaba debiendo un año de alquiler de una mala guardilla, y su propietario la echaba de este asilo en medio del invierno, sin que ella supiese adónde acogerse.

Las dos niñas escucharon en silencio la relacion de esta infortunada, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no es bastante compadecerse de los males de otro; es preciso hacer lo posible por aliviarlos.

Clara y Enriqueta, como de concierto, pasan á un aposento contiguo.—Esta mujer me traspasa el corazon, dice la mayor, ¡hallarse sin habitacion, sin pan en medio del invierno!—¡Y yo, yo estoy tan afectada por esto!—¡Enriqueta!—¡Y bien!—Tenemos ahí media onza de oro para un vestido.—Sí, para el tuyo.—Yo voy á dársela.—Y yo, que he gastado mi dinero, ¿cómo he de hacer?—Esta suma será por las dos.—No, eso no es justo, y ¿cómo irás tú al baile?—Con un vestido de muselina. Yo bailaré tan contenta como con un vestido de oro.—Tienes razon. ¡Cuánto siento haber comprado el mio! siendo así que no me lo pondré..... Pero veámosle. Enriqueta va á buscar su vestido de cendal guarnecido de rosas, y le despliega. Clara lo examina; es sin duda muy hermoso, dice, y muy fino, mi querida Enriqueta! pónitelo; ¡tú estarás tan linda con él!—¡Oh! no, nunca podria resolverme á ello..... Al acabar estas palabras, Enriqueta vuela al cuarto de su madre, y la ruega que venga un instante.—Mamá, le dice, permítame usted vender mi vestido.—¡Cómo, hija mia! ¿has pensado en ello?—Mamá, yo quisiera tener el dinero que cuesta para darlo á esta pobre mujer!—¿Y el baile?—Mi hermana quiere pagar el alquiler del cuarto de esta mujer con el dinero del suyo, y las dos nos pondremos vestidos de muselina blanca.—Pero eso es demasiado ordinario para un baile.—A lo menos estaremos contentas, porque con nuestros hermosos vestidos, la idea de esta mujer echada de su habitacion, en un tiempo tan áspero, nos quitaria la mitad de nuestro placer.

Vosotras sois muy amables hijas, dice la madre, haciéndoles mil caricias. Yo compro tu vestido, Enriqueta; disponed ambas de vuestras economías segun vuestra voluntad. Al mismo tiempo, la señora Romero dió ocho duros á Enriqueta.

Estas interesantes niñas se volvieron muy contentas al cuarto donde estaba la pobre mujer, y le hicieron su regalo cada una con una modestia y una gracia inimitables. La pobre mujer lloró de gozo, no sabiendo cómo manifestar su reconocimiento á estas amables niñas.

Ellas se apresuraron á salir para sustraerse á los elogios que la infortunada les prodigaba en medio de su transporte. La pobre mujer quedó todavía hablando de las dos niñas con la señora Romero, la cual añadió algo á la cantidad que sus hijas acababan de dar.

La señora Romero, muy satisfecha de la conducta de sus hijas, quiso manifestarles su contento: hizo comprar un vestido igual al de Enriqueta, y añadió á cada uno un hermoso collar. La señora Romero puso este regalo en el cuarto de las jovencitas, con este rótulo: *La mas dichosa de las madres ofrece estos vestidos y collares á sus dos amables hijas, en reconocimiento del placer que le han causado disponiendo tan noblemente de sus pequeños ahorros.*

Inútil es decir cuál fué la sorpresa y la alegría de estas niñas. Ellas fueron al baile, y bailaron muy contentas, recibiendo á mas de esto mil parabienes, porque todos sabian la noble accion que les habia procurado su brillante aderezo.

Entonces las hallaron tanto mas bellas, cuanto sabian que eran generosas.

EL OSO Y EL ELEFANTE.

(FABULA.)

Quejábase el oso torpe
Al elefante sagaz
De cierta contradiccion
Que no acertaba á esplicar.
—¡Cuidado (esclamaba el pobre)
Que raya en atrocidad
Lo que los hombres exigen
De un infeliz animal!
A mí, que soy justamente
La misma formalidad,
¿No se empeñan los malditos
En obligarme á bailar?
Si saben que esas monadas
No son de mí natural,
¿Por qué cuando ven que bailo,
Me silban sin caridad?
Tambien (dijo el elefante)
Me enseñan á mí danzar,
Y á fé que tú no me ganas
A respetable y formal.
Y sin embargo, de mí
Nadie se ríe jamas;
Antes aplaudir he visto
A todos mi habilidad,
Admirando que una bestia
Tán pesada y colosal,
Sepa mover diestramente
Los cuatro piés á compás.
Con que si en hacerte burla
La gente fisgona dá,
No debe ser porque bailas,
Sino porque bailas mal.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

¿Por qué es el hombre molesto de tantos modos?
¿Por qué deben emplearse tantos medios especiales para cultivar la intuicion, las facultades reflectivas, la memoria, los sentimientos y el corazon, parte por medio de maestros especiales, parte por medio de diferentes materias de instruccion?

¿No puede la instruccion en las matemáticas cultivar al mismo tiempo el sentido del orden, de la belleza, de la ley y de las causas y efectos?

Sócrates, no era la nodriza, como él mismo decia, sino la madre de sus discípulos.

Mientras mas largo tiempo se alimenta el niño con leche, mejor y mas fuerte es.

Así como necesita robustecerse el cuerpo, antes de emprender labores corporales, así el alma necesita haber crecido para emprender la adquisicion del arte ó la ciencia.—EDUIN BAUER.

Toda educacion debe ser de acuerdo con la naturaleza.

Mas como la ley mas prominente de la naturaleza es, especialmente en el hombre, la de la variedad y la unidad, la educacion debe tener referencia á esa ley, y debe dirigirse á observar dichas unidad y variedad; que la esfera pueda ser su emblema.

Porque esta es la representacion de la variedad en la unidad, y viceversa.

La unidad y la variedad, tan estrechamente unidas como sea posible, es lo que debe procurar la educacion.

La verdadera educacion humana requiere que el hombre se eduque del interior de sí mismo, en unidad de entendimiento y sentimientos; y así, debe ser educado hácia un independiente y comprensivo desarrollo de esa unidad de inteligencia y sentimientos.

El hombre debe reconocer el principio de la unidad en la variedad, y al contrario.

Debe reconocer la humanidad en cada hombre, y el hombre en la humanidad.

Debe descubrir lo interno en lo-esterno, y lo exterior en lo interior; el alma, á través del cuerpo, y el cuerpo en el alma.

La esencia de la educacion consiste en esto: que cada parte de la actividad humana se desarrolle en el individuo; ninguna aisladamente, sino cada una en armoniosa relacion con las otras.

Por tanto, la escuela y la vida deben ser consideradas como una unidad; así es que, en la educacion debe fijarse la atencion en el hombre futuro: el padre, el ciudadano, el patriota.—FROEBEL.

El humano entendimiento es como una vasija, que necesita ser llenada, y al mismo tiempo, como una sustancia capaz de combustion.

El maestro debe proceder sobre ambos principios; debe llenar y prender fuego; debe ampliar el magisterio de su arte, principalmente dividiendo su trabajo entre esas dos divisiones, y ajustándose á la proporcion en que trata de conducir á sus discípulos al saber independiente; por fuera, aprendiendo; por dentro, pensando.—DOEDERLEIN.

LA ANTORCHA.

(FABULA.)

Yo ví, queridos niños,
En noche tenebrosa,
Una sala alumbrada
Por una sola antorcha.

Trajo el dueño una vela,
Y en su luz encendiola,
Y vino luego el ama,
Y encendió tambien otra.

Imitaron su ejemplo
Diez ó doce personas,
Y todas encendieron
Su luz en ella sola.

Yo les dije: «¡cuidado!
Pues si tanta luz roban
A esa antorcha brillante,
Se extinguirá la antorcha.»

—«Oh, no! me contestaron:
No; que su luz hermosa
Semeja á la divina
Que CARIDAD se nombra:

CARIDAD en que el hombre
Debe inflamar sus obras,
Si quiere, estando muertas,
Vivificarlas todas:

CARIDAD que incesante
En hacer bien se goza,
Y siempre en él se aumenta,
Y nunca en él se agota.»

A MI MADRE EN SUS DIAS.

Si el primer dia que viví
En tí, dulce madre, fué,
Razon es que yo te dé
Los dias que me diste á mí.
Hoy quiero pagarte así
Lo que tu seno me dió;
Mas no puede un hijo, no;
Porque, ¿con qué pagará,
Si aun dando dias solo dá
Lo mismo que recibió?